

Girl. Girl. Girl.

Ros Serra

LES
editorial

Primera edición en LES Editorial: mayo de 2018

© de la obra: Ros Serra, 2018

© de esta edición: Letras Raras Ediciones, S.L.U., 2018

© de imagen original de portada: R_lion_O

LES Editorial pertenece a Letras Raras Ediciones, S.L.U.

www.leseditorial.com

info@leseditorial.com

ISBN: 978-84-948263-6-8

Depósito legal: MU 301-2018

IBIC: FA

Impresión: PODiPrint

Impreso en España - *Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para quien nunca me falla.

Introducción

Era la niña *perfecta*.
Pero llegó *ella*.

1

Sin muerto no hay entierro

La forma en la que la conocí fue la manera más rara que se me ocurre para conocer a alguien.

Pero antes de conocerla, yo tenía un pasado *perfecto*.

Era la típica niña que iba con vestidos rosas, el pelo recogido con horquillas y zapatos de charol. La que iba al colegio con todos los deberes hechos, la que lo daba todo en gimnasia, la que siempre tenía el brazo levantado para responder. La que iba a clase de piano e inglés tres tardes a la semana. La que estaba en el coro del colegio. La que no se saltaba una clase. La que jugaba de cine a la comba y a la rayuela en el recreo. La que no ponía ninguna pega. Y, lo peor de todo, la que le recordaba al profesor poner deberes.

Todo el mundo ha conocido a una niña así. Y todo el mundo miente si dice que no le han dado ganas de darle una bofetada.

Fui así de *perfecta* hasta los diecisiete años. Cuando todavía seguía siendo la niña de los ojos de mis padres, sacaba unas notas de escándalo y mi armario era un puñado de vestidos rosas.

Pero entonces la conocí, como ya he dicho antes, de la manera más rara posible.

Mi familia llevaba tres años y medio preparándose para la muerte de mi tía abuela Marisa. Tenía noventa y nueve años recién cumplidos, pero no sabía ni cómo se llamaba. La pobre siempre me había dado pena; llevaba así como diez años. Yo apenas tenía recuerdos de ella cuerda. Era monja, pero un día se escapó del convento y se fue a vivir con mi tía María. No tenía ni idea del porqué se escapó.

Fuimos al entierro sin estar realmente tristes. En realidad fue un alivio que terminara de sufrir, a lo que hacía no podía llamarse vivir.

Era la primera vez en mi vida que yo iba al cementerio y, para ser sincera, iba con un poco de miedo. Era octubre y hacía frío, pero, a pesar de eso, llevaba un vestido rosa. ¡Qué novedad! Nadie de mi familia iba de negro, no era la única.

Recuerdo que el viento me azotaba en las piernas y que solo quería un poco de calor. Así que busqué la cafetería, pero me metí en el sitio equivocado.

Entré en una sala con más puertas y, como no sabía lo que era, en lugar de salir de allí, abrí una de las puertas. Me topé con mi tía abuela Marisa tumbada en una camilla y con *ella* maquillándola.

—¿Quién coño eres? —preguntó levantándose—. Me has dado un susto de muerte, capulla.

—P-perdón —contesté nerviosa—. Buscaba la cafetería.

—Está en otro edificio, esta zona es parte del tanatorio —dijo acercándose a mí, como a la defensiva—, ¿es que no sabes leer, pedazo de pija? ¡Lo pone en la puerta!

—Hey, no me hables así —dije en un intento de defenderme—. Es la primera vez que estoy aquí, perdón por equivocarme.

—¿Y por qué sigues aquí? ¿Eh? ¿Vas disfrazada de niñaata pero te ponen los muertos o qué?

Me quedé impactada. Nunca me habían hablado así; ni con esas palabras ni con ese tono. Además, la chica daba miedo. Iba vestida de negro, con unos pantalones ajustadísimos y unas botas de cuero. Y a pesar de que fuera otoño, llevaba una camiseta de tirantes. Tenía muchos *pirings* en una oreja, los ojos muy

maquillados y mascaba chicle violentamente. Llevaba el pelo recogido en una coleta que dejaba ver su nuca rapada, el color era como marrón cobrizo.

Lo que más me daba miedo eran sus ojos. No voy a mentir, eran bonitos, pero la mirada de locura que tenía en ese momento hacía que cualquiera echara a correr.

—S-solo he venido a un entierro.

—El de esta tipa, ¿verdad? —dijo apartándose un poco de mí—. La estoy maquillando de cine para que acabe comida por los gusanos. ¿Te lo puedes creer?

—Eh... Pues... Yo, como que... Mejor me voy.

—No, ahora te quedas —contestó cogiéndome del brazo para tirar de mí.

—De verdad, voy a llegar tarde al entierro, yo...

—Eh, morena, esta vieja es la única que tiene un entierro pendiente. Y sin muerto no hay entierro, no vas a llegar tarde.

Se dio la vuelta para seguir con su trabajo y me fijé en que tenía un tatuaje en la espalda, pero que no podía ver con la camiseta.

—Dime, ¿cómo te llamas? —preguntó echándome un vistazo por el rabillo del ojo.

—Silvia —contesté por educación—. ¿Y tú?

—Oye, Silvia, ¿qué relación tenías con ella? —preguntó cambiando de tema.

—Era mi tía abuela.

—Y llegó a los noventa y nueve tacos, la admiro —comentó como si nada.

Yo estaba demasiado impactada para tener una reacción lógica a la situación.

—Era monja —contesté—. No me has dicho tu nom...

—Joder, una monja —me interrumpió—. Pues soy un poco satánica para ella, vaya.

Me quedé callada, esperando a que me dijera al menos su nombre. Pero no dijo nada, ella también se quedó en silencio mientras maquillaba el cadáver de mi tía abuela.

—Oye, Sil, ¿te puedo llamar Sil?

—En realidad...

—Me da igual, te voy a llamar así. Sil, ¿nunca antes habías visto un muerto?

—Pues no.

—Son una pasada. Son como muñecos, pero que tuvieron vida, ¿sabes? Es bastante guay.

—Yo no creo que sea guay.

—Me la suda lo que creas.

—Vaya, gracias.

—No me fío de ti.

—¿Perdona?

—Mira —dijo dándose la vuelta en el taburete—, nunca me fiaría de alguien que se colase en una sala de maquillaje de un tanatorio con un vestido rosa.

—¿Debería fiarme yo de alguien que maquilla muertos con una camiseta de tirantes en octubre y que ni siquiera me dice su nombre?

Ella rio con fuerza, separándose del cadáver mientras daba unas palmadas lentas. Negó con la cabeza, relajando un poco su risa.

—Llámame Lara.

—Encantada, Lara.

—No seas tan... Joder, ¿por qué eres tan pija?

—¿A qué te refieres?

—*Encantada, Lara* —repitió poniendo una voz aguda, y después de eso hizo una pedorreta con la boca—. Me aburres.

—Eh, has sido tú la que me ha dicho que me quedara.

Lara se levantó y se acercó a mí. Me cogió de la mano y me llevó hasta la camilla. Puso mi mano en el pecho de mi tía abuela y yo la aparté rápidamente.

—¿Estás loca?

—Prefiero decir que estoy fuera de onda, pero vale.

—¿Por qué has hecho eso?

—Hey, así ya puedes decir que has tocado un fiambre de casi cien años.

—En serio, estás loca.

Iba a irme, pero ella me detuvo con una frase:

—Al menos dame tu número.

—¿Para que me digas pija, aburrida y me hagas tocar fallidos? No, gracias.

Y me fui de allí corriendo.

El resto del día fue raro, pero normal. No volví a ver a Lara, pero había algo ahí que hacía que no parase de pensar en ella. Así que un día volví y, cuando paró de cachondearse de mí, le di mi número.

2

Su Proyecto Estrella

La primera vez que nos vimos fuera del tanatorio yo no lo llamaría *cita*. Fue más como una quedada de dos personas. Suena triste, lo sé.

Ella no quería ir a tomar un café, ni siquiera ir a tomar algo. Me dijo que nos fuéramos de compras. Yo acepté encantada. Desde que mis padres me habían dado una tarjeta para que comprara todo lo que quisiera, siempre tenía ganas de ir de compras, pero no de ir sola. Y aunque Lara fuera un poco... alternativa, me bastaba.

Llegó vestida completamente de negro y con el pelo suelto. Y yo con un vestido rosa y el pelo semirrecogido. Nada más verme dijo:

- ¿Sigues siendo igual de pija?
- Hola a ti también.
- ¿Lista para darle caña a las tiendas?
- Supongo.

Yo pensaba que se refería a comprar, pero andaba un poco equivocada. Cuando pasamos a la primera tienda dijo:

- Coge algo, cualquier cosa, y vamos al probador.
- ¿No vamos a mirar lo que nos gusta?

—¿Para qué?

Cogió una sudadera que estaba casi en la entrada y me la dio sin dejar de andar. De camino cogió una camisa y tiró de mí hasta los probadores. Nos metimos en el mismo probador y dijo:

—Quédate aquí.

Salió de allí y al poco volvió. Entró y abrió su mochila muy rápido, pensaba que iba a robar lo que habíamos cogido, pero era como dos tallas menos de las que llevábamos.

—¿Qué haces?

—No tenemos mucho tiempo —contestó y sacó algo de su mochila.

Me dio cinco pegatinas y me sacó de un tirón del probador.

—Pégalas en los espejos de estos cinco probadores, yo me encargo del resto. ¡Corre!

No sé ni por qué lo hice, pero le hice caso. Pegué todas las pegatinas sin mirar lo que ponía, pero en la última me fijé: «Los chicos también llevan falda». Me extrañó un montón, así que decidí mirar las otras: «Te queda de cine», «Eres preciosx», «Tú estás bien, la sociedad está mal» y, mi favorita, «¿Te has sentado en una montaña de azúcar? Porque tienes el culo muy dulce».

Salí del último probador riendo como una niña pequeña. Lara me estaba esperando fuera y al verme se rio por lo bajo.

—Venga, tenemos un montón de tiendas donde atacar.

Fuimos por todas las tiendas del centro, pegando pegatinas de forma discreta a diestro y siniestro. Era la primera vez en mi vida que hacía algo así, y me sentía bien. No me compré nada; las pegatinas tenían demasiada razón como para comprar en alguna de esas tiendas.

Después de eso, me invitó a su casa y yo acepté, no veía el inconveniente. Cuando estábamos de camino, dijo:

—Vas a ser mi Proyecto Estrella.

—¿Tu Proyecto Estrella?

—Bajo esa capa de niña pija y perfecta se esconde algo, y voy a descubrirlo.

—No soy una cebolla.

—¿Es que no has visto *Shrek*? —preguntó.

—Claro, ¿quién no?

—¿Y no te acuerdas de que dice que todos somos como cebollas?

—Soy una cebolla transparente.

—Nadie es transparente ni perfecto. ¿O acaso cagas bollos de crema?

Me quedé sin saber qué contestar, ¿había alguna buena respuesta a eso?

Cuando llegamos a su casa, abrió la puerta metiendo la llave y dándole una patada al pomo.

—Está un poco rota —dijo.

Entré detrás de ella y, sabiendo que era como era, no me sorprendió nada el interior.

—¿Vives sola? —pregunté.

—Más o menos, a veces mi madre se pasa por aquí y se queda a dormir.

Las paredes eran de un lila oscuro que tendía a ser negro, y la luz no ayudaba a que eso se evitara. Las lámparas de la entrada y del pasillo eran negras, así que parecía que entrabas en una cueva. Me guio por el pasillo hasta el salón, que tenía un sofá, una mesita, una estantería con libros y discos, una mesa con tres sillas y un equipo de música.

—¿No tienes televisión? —pregunté.

—Para ver basura mejor me doy un paseo por el congreso, ¿no te parece?

—Eres un poco...

—¿Directa?

—Oscura —acerté a decir.

—Soy bruja —contestó encogiéndose de hombros.

Se acercó al equipo de música y metió un disco. Me fijé en la decoración de las paredes: tenía un montón de pósteres de grupos de música, tanto antiguos como modernos, y muchas fotos enmarcadas, puestas sin orden alguno. En muchas salía ella sola, en otras acompañada de más gente, y en una...

—¿Estás desnuda en esta foto? —pregunté acercándome para verla mejor.

—Ah, sí —contestó acercándose para mirar la que decía—. Mola, ¿eh?

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

Volvió a acercarse al equipo de música y le dio al *play*. Comenzó a sonar una canción en inglés que no reconocí ni de lejos. Era demasiado fuerte para mi gusto por aquel entonces.

—Tengo un amigo que hace unas fotos cojonudas. Esa fue el año pasado, le pedí que me hiciera fotos desnuda.

—¿Y a tu madre no le parece mal?

—Ni idea, pero si le fastidia, que se joda —contestó tirándose en el sofá.

Yo seguí mirando las fotos de la pared un poco más hasta que dijo:

—Bueno, Sil, ¿cuál es tu historia?

—¿Mi historia?

—Sí, por qué naciste, cómo has llegado a ser lo que eres, las desgracias que te han hecho cambiar... toda esa mierda.

—Pues... —comencé a decir mientras me sentaba con cuidado en el sofá—. Nací porque mis padres querían tener un bebé, y me llamaron Silvia como mi abuela. Siempre he sido muy correcta y creo que es porque me gusta el orden y...

—No me jodas, ¿siempre has sido *doña perfecta*? Qué asco. ¿Nunca lo has pasado mal ni has dejado de tener fe en el mundo?

—¿Qué? No, para nada. El mundo es genial.

—El mundo apesta, Sil —dijo inclinándose hacia mí—. Es una mierda.

—Pero...

—Chsss —me detuvo cuando acabó la canción y empezó otra que comenzaba con un hombre anunciando algo.

Cerró los ojos y murmuró lo que estaba diciendo la voz hasta que abrió los ojos y gritó:

—*Make some noise!* —dijo antes de ponerse a cantar la canción—. *Drugs, gimme drugs, gimme drugs. I don't need it, but I'll sell what you got. Take the cash and I'll keep it. Eight legs to the wall. Hit the gas, kill them all!*

Yo me quedé mirándola, sin saber qué decir ni qué hacer mientras ella seguía cantando. Me sorprendió que cantara tan bien y que me llamara la atención la canción. Me sentí especialmente bien escuchándola, como si hubiera encontrado algo que enajara con lo que estaba buscando, aunque yo todavía no sabía lo que eso significaba.

—Escucha esta frase —dijo poniéndose de pie para correr a subirle volumen a la música—: *Everybody wants to change the world. Everybody wants to change the world, but no one, no one wants to die* —cantó con una carga de sentimiento brutal.

—¿Todos quieren cambiar el mundo pero nadie quiere morir? —pregunté y ella asintió.

—Tiene muchísima razón. O sea, todo el mundo quiere algo mejor, un sitio donde no nos rodee la mierda y la putrefacción. Pero nadie mueve un puñetero dedo para que eso pase, ¿sabes?

Su cara se iluminaba cuando hablaba de esas cosas. Me pareció increíble y a la vez me sentí identificada.

—Pero las cosas no están tan mal.

—Sí, todo está mal. El estúpido sistema nos jode a todos. ¿O es que en tu casa se pagan pocos impuestos?

—Pues no lo sé.

—Quiero que esta semana veas el telediario, busques en internet noticias del mundo y que abras los ojos.

Y eso hice. Estuve toda la semana atenta a las noticias y más de una vez lloré. Lara tenía razón; el mundo era una mierda y yo había tenido los ojos vendidos todo ese tiempo.

También me recomendó el grupo que escuché en su casa, y fue curioso porque mi madre, al oír un trozo de una canción, me prohibió que escuchara más. Así que lo hacía con auriculares y en secreto.

3

Quejarse y gritar

Pasó un mes entero y yo no había hablado con Lara desde el día de las pegatinas. Me resultaba extraño; ella no encajaba conmigo, pero aun así me sentía atraída hacia ella como se atraen los imanes. No le hablé, ni un mensaje, ni una llamada. Ella tampoco me dijo nada, quizás se había olvidado de mí. Por un momento deseé eso, pero al segundo lo retiré. No quería que se olvidara de mí, y yo quería saber más de ella.

El día que decidí volver a tener contacto con ella, estaba en clase, sentada en mi sitio. Estaba sola, no tenía amigos en el instituto, ni fuera ni en ningún sitio. Quizás Lara me llamaba tanto la atención porque era la primera persona que se había fijado en mí y que había decidido ir más allá de lo que decía mi vestido rosa de mí. Ser invisible tampoco estaba mal. Es decir, no tenía un porqué llorar cuando el instituto acabara. La razón por la que estaba sola era fácil: era demasiado repelente para el resto. Siempre andaba corrigiendo a la gente sin darme cuenta, y creyéndome doña perfecta. Pero de verdad lo digo, era sin querer. Aunque el resto se ponían de los nervios y se alejaban. Quizás Lara también se había alejado de mí por eso. Quizás era demasiado pija para ella. Puede que fuera demasiado pija para todos.

El caso es que estaba sola en clase y Martina, una de las chicas más populares del instituto, dijo:

—Bueno, hay como cuatro grupos de amigos en clase y la pija marginada.

Nunca me había fijado en esa clase de comentarios. Era de las primeras veces que me lo tomaba en serio, y me sentó bastante mal. En ese momento quise sacar el móvil y llamar a Lara, pero el profesor entró y tuve que retenerme. Estuve el resto de la mañana pensando en el comentario de Martina y en Lara. A última hora, la directora nos dijo que el profesor había faltado y que podíamos volver a casa, así que, en lugar de volver, cogí un bus hasta el tanatorio. Entré, con mi vestido rosa y mis zapatos de charol, mazo decidida a hablar con Lara. Pero no caí en la cuenta de que ella estaba trabajando, con un muerto. Desde que había tocado a mi tía abuela cuando ella ya no formaba parte de este mundo, me daba mucha más cosa ver muertos. Pero por ella lo hice.

—Por fin —dijo Lara cuando me vio entrar—. Has tardado un mes, pero lo has conseguido.

—Hola a ti también —contesté molesta—. ¿De qué hablas?

—Pues de la prueba. Enhorabuena, la has superado con éxito.

—¿Qué prueba? ¿Qué dices?

—La prueba del Proyecto Estrella, tonta —dijo levantándose del taburete y caminando hacia mí—. Eres la indicada.

—No sé de qué me hablas.

—Joder, pensaba que eras lista.

—¿Me lo puedes explicar?

—Dame cinco minutos que acabe con el hambre y te lo explico todo, ¿vale?

—Vale.

Salí de la sala y esperé donde están los familiares. Pensé en lo deprimente que debía de ser trabajar en un tanatorio, pero intenté apartar ese pensamiento de la cabeza. No me gustaba darle vueltas a los asuntos tristes.

Lara salió poniéndose una chaqueta y me hizo un gesto con la cabeza para que la siguiera. Fui detrás de ella sin decir nada

hasta la parada del bus. Apenas tardó medio minuto en llegar y yo había optado por mantenerme callada hasta que ella decidiera hablar. Cuando nos subimos, la seguí hasta el fondo del autobús. Se sentó y apoyó el pie en el asiento de delante, como si fuera suyo. Eso me puso un poco nerviosa, era de mala educación, pero no dije nada. Yo no lo sabía, pero esa era la segunda prueba y no la estaba haciendo bien. Lara se puso unos auriculares y se cruzó de brazos; me pareció una falta de respeto enorme, pero seguí callada. Entonces abrió la boca y se tiró un eructo que hizo que se giraran varias personas del autobús. Y ese fue mi límite:

—¿Puedes parar?

—¡Olé! —gritó levantándose pese a que el autobús estaba en marcha.

—¿Qué haces? —pregunté tirando de ella para que volviera a sentarse—. Te vas a matar.

—¡Un cinco raspado, pija! —dijo aplaudiendo; la gente del autobús nos miraba muy raro.

—¡Para! —le grité yo, peor no podía ser.

—Ahora sí —contestó con un tono normal y se sentó.

—¿Por qué?

—Porque si algo no te gusta, te tienes que quejar —dijo y miró al resto de gente del autobús—. ¡¿Qué coño miráis?! ¡Echad una foto!

—¡Lara, son gente mayor! —le susurré—. No está bien.

—Tampoco está bien mirar mal.

Me quedé callada, queriendo que la tierra, o el autobús, me tragara.

—Quéjate de todo lo que no te guste —dijo—. Nunca sabes cuándo podrás dejar de hacerlo.

—Vale —contesté.

—Ahora vamos a hacer una comprobación para saber que has superado esta prueba.

El autobús llegó a una parada que había cerca de un parque y Lara le dio al botón para que parase. Nos bajamos y ella se puso a caminar hacia un sitio apartado. La seguí hasta que

ella se detuvo en una especie de explanada pequeña detrás del parque.

—Gritame todo lo que has querido gritar durante toda tu vida pero no te has atrevido —dijo quedándonos cara a cara.

—¿Estás loca? No voy a gritar en público.

—Ya te lo dije, prefiero que digan que estoy fuera de onda.

—Me da igual, no lo voy a hacer.

—Me la suda que te la sude, lo vas a hacer.

—No.

—Sí —contestó y me dio un leve empujón.

—No —dije retrocediendo.

—¡Sí! —gritó dándome otro un poco más fuerte—. ¡Grita!

—No.

—¡Venga!

—Que no.

—¡Vamos, pedazo de pija!

Me acordé otra vez del comentario de Martina y me hirvió la sangre. Nadie tenía derecho a tratarme mal, y menos a obligarme a hacer cosas que no quería. No debían insultarme ni marginarme por ser diferente al resto. Empecé a notar cómo me subía el calor por todo el cuerpo de la rabia y, finalmente, lo hice:

—¡No! —grité inconscientemente—. ¡No voy a hacerlo solo porque me digas que lo haga!

—¡¿Y qué más te jode de mí?!

—¡Eso de que me pongas a «prueba»! ¡No soy un conejillo de indias ni un experimento de laboratorio! —Ahora era yo la que la empujaba a ella, sin darme realmente cuenta de lo que estaba haciendo—. ¡No soy como tú dices que soy! ¡No soy una pija! ¡Ni una marginada! ¡Tengo una opinión sobre todo y no la digo para no decirte puta a la cara! —grité pensando en Martina, enfocando mi rabia sobre ella, aunque tomándola con Lara.

—¡¿Y qué más?! —preguntó cuando dejé de empujarla.

—¡Estoy harta de que la gente se piense que soy tonta solo por llevar vestidos rosas!

—¡Sigue!

—¡Harta de que me marginen solo porque soy más educada!
¡Harta de mis padres y sus estúpidas normas para la perfección!
¡Estoy harta de todo!

—¡Eso es! ¡Vamos!

—¡No quiero ir más a inglés ni a piano! ¡¡Quiero irme de esa mierda de casa!!

Ese último grito fue mucho más fuerte que el resto. Me dolía la garganta, pero sentí cómo se me había quitado un peso de encima, y eso era muy gratificante. Lara se acercó a mí y me echó el brazo por encima antes de susurrar:

—Bien hecho, Sil.

Me dejé llevar por ella y fuimos a su casa.

¿Es raro si digo que me sentía mejor que nunca después de gritar? Creo que no. Gritar lo que no te gusta y luego intentar cambiarlo es una de las mejores cosas que Lara me enseñó; una de muchas.

—Tengo varias cosas para ti —dijo cuando estábamos entrando a su casa.

—¿Varias cosas? —pregunté.

—Sí, para la siguiente prueba de la siguiente.

Me llevó al salón y puso música mientras me sentaba en el sofá.

—Si superas esta prueba —comenzó a decir dándole al *play*—, sabré que de verdad mereces la pena.

Se sentó enfrente de mí y se quitó la camiseta. Yo me quedé bastante impactada, no porque se hubiera quedado medio desnuda, sino por algo más. Entonces se quitó los pantalones y se puso de pie frente a mí.

—Esta cicatriz —dijo señalando la que tenía debajo de las costillas— fue porque no quise comerle la polla. —Subió la pierna al sofá y señaló la que tenía en el interior del muslo—. Esta fue un aborto.

—Dios —susurré.

—Y esta —dijo dándose la vuelta, enseñándome la espalda donde tenía el tatuaje de un lobo—, la que hace el lomo del lobo, fue cuando llamé a la policía después de esconderme en el baño.

—¿Te... te maltrataron?

—Sí —contestó girándose—. Me pegaba, me violaba, me controlaba... —enumeró—. Y yo solo tenía quince años.

Me levanté, casi temblando, y extendí mis brazos. Ella me abrazó con un poco de timidez y me dijo:

—Y esa no es ni la mitad de la historia.